

Una carta de Unamuno

Por Max GRILLO

Amena y de sugerencias especialmente interesantes sobre la vida íntima de don Miguel de Unamuno fué la conferencia dictada en el Teatro de Colón por el ilustre profesor don Federico de Onís.

Ninguno de los discípulos o amigos del insigne rector de la Universidad de Salamanca tiene mayor autoridad para hablar del maestro que el señor Onís, pues desde niño conoció y trató, ya en la vida familiar, ya en las aulas al original y aun extraordinario pensador y poeta, que personificó lo más amplio y hermoso de la cultura española en el fin de un siglo y en el comienzo de otro.

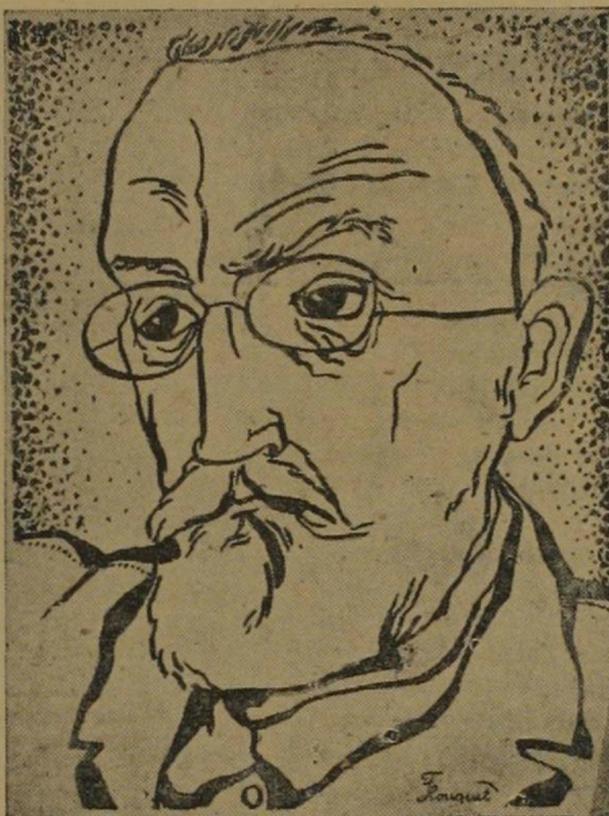
Embelesados mantuvo a sus oyentes el profesor Onís al recordar los hábitos y señeras costumbres de aquel dechado de sinceridad humana, del cual puede decirse, sintetizando su preciosa vida, que defendió con abinco y nobleza admirable la personalidad propia y en ella la de los demás hombres y que buscó a Dios en la paz y en la guerra del mundo, ansioso de obtener una palabra de revelación divina, capaz de colmar su anhelo de inmortalidad.

En esta búsqueda de Dios al través de todas las cosas, desde las más humildes hasta las más altas y lejanas, desde las más evidentes hasta las más profundas y misteriosas, Unamuno libró un combate con Dios, como él lo refiere varias veces al autor de estas líneas en la correspondencia que mantuvieron durante varios años, para honra de quien se complace en recordar que su ensayo publicado en revista parisiense, y en *Trofeos*, bogotana, si la memoria no lo traiciona, fué de lo primero que en la América hispana se escribiera acerca del sucesor de fray Luis de León en la cátedra salmantina.

En la carta hasta hoy inédita que publica en esta edición el gran diario bogotano, Unamuno toca, en síntesis, dos temas que le preocupaban entonces, íntimo uno, su "Combate con Dios". Al referirse a Salamanca escribe:

"Algo de conventual tiene también esta vieja ciudad universitaria de Salamanca —aunque es alegre y abierta— pero aquí cultivo mi tragedia y mi combate con Dios y a la busca del alma de mi casta y y de mi tierra, y del consuelo que hay para los espíritus fuertes en el escollo mismo de la desesperación y el desconsuelo".

Su fe, como alguna vez escribió, se componía de dudas. Cuando se imaginaba que iba a tocar lo inasible, una nueva duda surgía en lugar de su fe. Pero no se desalentaba. Llegó a



Miguel de Unamuno

Dibujo de P. Flouquet.

* * *

sostener que la inmortalidad, en otra vida, no era para todas las almas. Pero se excluía a las más humildes. Entre labriegos, le gustaba estar. Con ellos salía por los campos, aprendiendo de su lengua los nombres de las florecillas y de las plantas que crecen a orillas de los caminos. El humanista, conocedor de muchos idiomas, el profesor de griego, lengua que enseñaba por los métodos aceptados cincuenta años más tarde en Estados Unidos, como lo anotó el señor Onís, el insigne Unamuno se compalucía en ver a unos pequeñuelos que al girar alrededor de un caballo gritaban "Caballo!" porque parecía que estaban creando la palabra. Y cuando paseaba un día, en un jardín, acompañado de un poeta suramericano, y éste le preguntara cuál era el nombre de una de las plantas de aquel jardín, "mirto", le respondió Unamuno, la planta que usted nombra tantas veces en sus versos, sin que se haya probablemente tomado el trabajo de conocerla". El que esto escribe había usado en sus versos la palabra "asfodelo", pensando en que era un nombre bellissimo de virgen, griego o latino, y correspondiente a una planta que no existiría

(Es un recorte de *El Tiempo* de Bogotá. Envío del autor).

en Colombia. En una de sus entrevistas con Unamuno, el maestro le mostró el "gamón", "asfodelos ramosus", planta medicinal. En planta medicinal vino a parar el asfodelo, consagrado por los poetas helénicos a los muertos.

Unamuno decía gamón, y yo seguí escribiendo asfodelo, porque la palabra es bella. Cuando regresé a Bogotá me topé un día con unas cuantas matas de asfodelo en un parque.

"Me voy convenciendo —dice Unamuno— de que no estoy tan solo en sentir ciertas preocupaciones e inquietudes y que hasta en esa América hispánica, que estimo uno de los países de menos espiritualidad y más materializado queda aún el viejo depósito de los anhelos ultraterrenos de la raza, algo de nuestra vieja tradición mística, que es muy otra cosa que la gazmoñería clerical. Temía la desastrosa acción de los jesuitas en esas tierras".

El tema aquí tocado por Unamuno es bien interesante. No cabe duda de que lo observado por él hace treinta y cinco años como cierto, lo es ahora evidente. Nuestra espiritualidad y nuestro fervor religioso son, más espectaculares que reales. El tema no puede tratarse a fondo en países como Colombia, porque el error y la violencia oscurecen el ambiente.

El final de la conferencia del profesor Onís tuvo extraordinario interés para quienes admiramos la obra de Unamuno. Esas páginas del diario de don Miguel (el segundo Miguel de las Españas) escritas en verso, síntesis de estupenda poesía, contienen pensamientos, imágenes y sueños maravillosos.

El diario contiene mil setecientas poesías. La familia de Unamuno lo ha confiado al señor Onís, quien escribirá (es algo que exigen potencias espirituales) una vida —no novelada sino real— de su insigne maestro.

Por lo que pude captar de la lectura del diario de Unamuno, este es el mayor poeta de España en el presente siglo.

Cuando se nombra a Unamuno vienen a la memoria por asociación gloriosa los nombres de Angel Ganivet, espíritu superior a su patria, y el de Navarro Ledezma. Si de Inglaterra base dicho que produce hombres superiores a ella, de España se dirá lo mismo. De Navarro Ledezma, el hondo y delicioso comentador del Quijote y de su genial autor; de Ganivet y de Unamuno tendrá mucho qué decir España cuando sea libre.

Max GRILLO.

Bogotá.

ellos destacábase su rúbrica. ¿Manuel González de Prada y Ulloa? ¡No! Había reducido su aristocrático apellido. Manuel G. Prada se leía. Su patronímico había desaparecido y aquella insolente y atrevida partícula "de" fué enterada para siempre por don Manuel.

Alguien le pidió unos versos para su antología. Prada, como se le llamaría en adelante, apareció en ella. Comenzaba a destacar. Definíase ya como poeta delicado y musical. Amaría la parquedad. Delineábase también como anticlerical y apolítico. Lanzaba diatribas contra la religión. Negábase rotundamente a toda solicitud para actuar en la vida pública.

Era González Prada hombre de elevada estatura, de ojos azules y tez rosada. Robusto, arrogante, esbelto, gallardo. Su porte era varonil. Concitaba ya la atención de sus contemporáneos. Aumentaban sus enemigos. Crecían sus admiradores. Y don Manuel se afianzaba en sus convicciones: antipolítico, anticlerical, enemigo del servilismo incondicional a la antigua metrópoli, impugnador del conservadorismo, amigo del pueblo y de los humildes, odiaba la aristocracia embebida en la contemplación de sus blasones, acartonada, poco dúctil y comprensiva, orgullosa y despreciativa, anclada al pasado.

Y llegó el funesto año del 1879. El Perú vióse envuelto en una guerra que provocaba el espíritu imperialista de una nación vecina y hermana. Hasta aquí podríamos señalar una primera etapa en la vida del maestro. Desde la guerra del Pacífico cambiaría, aunque involuntariamente, su actitud. Se lanzaría, requerido por las circunstancias, a la política, a la vida pública. Pero no sería nunca un político. Jamás ocuparía un puesto en la Administración Pública. Seguiría siendo lo que fué: un intelectual, un artista, un maestro...

Abandonó el reposo campesino al son de los tambores y sentó plaza de soldado. Brindó,